

APUNTES DE HISTORIA

Extractado del libro "Experiencia de Dios y pasión por el Pueblo" de Mons. P. Casaldáliga, 1983

UN TESTIMONIO QUE LEYENDO CON EL CORAZÓN PROVEE MUCHO POR PENSAR, DECIR Y VIVIR

Con afecto en el Señor

Violeta

3- Lo que siento ahora de aquellos Cursillos de Cristiandad

Ya van 30 años de dimes y diretes de Dios, desde aquellos arriesgados sueños de la ermita de San Honorato. Mucha peregrinación, con la concha del bautismo a cuestas.

Ya van para mí 27 años, desde una noche de la Inmaculada en la bodega espiritual de Creixell.
Y una teoría viviente de nombres inolvidables: Eduardo Bonnín, compañero de la aventura de África, con Vidal y Casas. Y otros nombres precursores de aquella isla donde también el Espíritu decidió hacer su turismo. Y tantos hermanos de la península, de la Guinea continental –mártir ahora- y de América y de algún recanto de Europa. (Sabadell y Tarrasa, Tarragona, Gerona, Barcelona, Barbastro, Guadalajara, Vitoria, Ávila, Albacete y... Madrid, con sus ultreyas interregionales y cosmopolitas. Y de Madrid al cielo, pasando por el Mato Grosso).

No voy a hacer un análisis de los Cursillos. Otros muchos lo hicieron, a tuerto y a derecho, contradictoriamente. Lo que posiblemente significó, en general, la marca legitimadora de la cruz...

Es perseguido, luego es cristiano. Los Cursillos han sido vistos sucesivamente como iluministas, protestantes, antijerárquicos, comunistas, hijos del Opus, reaccionarios, angelistas... Diga Dios la última palabra, mucho más cordial seguramente.

Apenas voy a decir que los Cursillos han sido para mí un acontecimiento de Gracia.

Quizás salvaron mi sacerdocio, en sus primeros años apasionados, un poco solo uno. Me descubrieron al seglar y, con él, al hombre -y a la mujer- y la familia y la profesión y, de soslayo, una buena área de lo social y político. Me dieron un gusto diferente de la oración, como cotidiana y como útil -en el mejor sentido de la palabra- y creo que me aproximaron al Señor Jesús, con ciertos rasgos de una amistad más lozana y más comprometida. Debo a los Cursillos, en gran parte, el sentido de la pastoral del contacto y una nueva esperanza en la fuerza de la Gracia que sigue y persigue y vence al hombre, salvándolo. Si digo que vi muchos milagros de la Gracia a través de los Cursillos, estoy repitiendo lo que millares ya han dicho y lo que muchos -¿sabidos ellos?- han creído infantil. Pero estoy diciendo una verdad de tamaño sobrenatural.

Más o menos entiendo los límites del Cursillo, que los tiene, como todo movimiento humano, por muy eclesial que sea. Y los he insinuado ya en algún escrito mío.

Tuvieron su tiempo. Antes del Concilio. Fueron precursores, como Juan, y les tocó disminuirse -en qué medida, no sé- para que Él -la Iglesia, en este caso- creciera.

Pecaron de prisa y de avalancha. Lo que ya fue repetidamente prevenido por los mejores, por los que yo considero como fundadores de los Cursillos.

Pecaron de legalismo, creo, y de hiperfidelidad al manual; olvidando, a veces, la única gran fidelidad a "lo fundamental cristiano", como obstinadamente venían avisando también esos
mejores, los fundadores legítimos, incomprendidos y hasta perseguidos, incluso dentro de casa.

Fueron poco serenos, a veces, en el tratamiento del alma humana. A veces, poco respetuosos, quizás.

En América Latina, concretamente, por lo menos de entrada, se hicieron clasistas, y no de la clase de los pobres (lo que habría sido muy evangélico).

Y, quizá, en casi todos los lugares, no supieron asumir, a tiempo, el compromiso político del cristiano, ineludible. Lo que no debía significar una preterición de la oración permanente ni un vergonzante receso del testimonio escandaloso de Jesucristo, el único Señor y Salvador.

Estoy hablando desde el Mato Grosso. Pero me parece que este diagnóstico sin pretensiones es bastante válido para todas las latitudes.

Así y todo, los Cursillos de Cristiandad fueron el mayor movimiento eclesial del siglo, al lado del Vaticano II y al lado de las Comunidades Eclesiales de Base. Siempre que se quiera entender por Iglesia todo el Pueblo de Dios y no apenas los obispos y los teólogos o escritoristas o liturgistas o pastoralistas. Y conste que doy pleno valor a los grandes movimientos teológicos, bíblicos, litúrgicos y pastorales que posibilitaron el Concilio y lo vienen ordenando, a veces contra viento y marea, a veces incluso a pesar de ciertas jerarquías anquilosadas.

Ciertamente los Cursillos llegaron a tiempo, en muchos lugares, cuando ya la Acción Católica se sentía incómoda consigo misma o, como decía el chiste del momento, estéril ya, como Isabel. Y dieron al seglar una nueva oportunidad eclesial, sin denominaciones, en principio. Si bien muchos se empeñaron en ser cursillistas denominacionalmente, embarazando con eso la mejor libertad fundamental del Cursillo. Explicable, por otra parte. Uno se emperra en hablar de lo que ama y de quien se es deudor.

Fue una pena que la teología de los Cursillos no evolucionase más libremente, sin perder la piedad de los Cursillos su cálida temperatura.

Fue una pena también que un cierto hermetismo, necesario en un primer momento, no se hiciera, después, más autocrítico, más soleadamente abierto.

De todos modos, yo -sea dicho en alabanza de Dios y con infinita ternura para tantos hermanos de peregrinación- en Cursillos viví los mejores días y las mejores noches -¡oh Gracia trasnochadora, la Gracia de los Cursillos!-, juntamente con otros días de vida religiosa en España, y otros días y otras noches de persecución y martirio, ya en esta América Latina.

Nunca podré agradecer bastante, ni en la tierra ni en el cielo, la cantidad y la calidad humana y cristiana de los amigos que los Cursillos me proporcionaron y con los que permanezco en emocionada comunión. Menos aún podré agradecer la nueva aproximación a Jesucristo que los Cursillos me posibilitaron.

Abrazo, desde aquí, al otro lado de muchas aguas, a todos y cada uno de los que encontré en Cursillos y les pido, a todos y a cada uno, que sigan siendo fieles a lo fundamental cristiano, siendo "fanáticos" del Señor Jesús, frecuentado en la oración, vivido pascualmente en la eucaristía y servido incondicionalmente en los hermanos más pobres y oprimidos y desesperados.

A los decepcionados (¿del Cursillo?, ¿de la Iglesia?) me gustaría decirles, en nombre de una vieja amistad nunca renegada, que nosotros creemos en Aquel que no decepciona.

Yo puse siempre a la Virgen en todas mis cosas y la puse también siempre en los Cursillos. A ella le pido que posé la paloma humilde y gloriosa de su mano - todavía, otra vez, cada día más sobre esa obra del Espíritu de su Hijo, muerto y resucitado...